

"Santos del Nuevo Milenio"¹

*Cardenal Norberto Rivera Carrera
Arzobispo Primado de México.*

Que Jesús y su Madre –que es también nuestra Madre- nos acompañen queridos amigos, en este camino de catequesis del Jubileo de los jóvenes. En el triduo de catequesis previstas, la primera jornada ha sido dedicada al misterio de la Encarnación y la segunda al misterio de redención. Hoy, la tercera, será dedicada a lo que la gracia de la encarnación y redención suscita en nosotros como contenido y destino de nuestra vocación cristiana: la santidad. Sí, mis hermanos y hermanas en Cristo, hoy reflexionaremos ni más ni menos que sobre la santidad. No como cosa abstracta ni como pieza de museo, ni como asunto de algunos pocos elegidos, sino como vocación intrínseca de la vida de cada uno de ustedes, de cada uno de nosotros. Es dirigiéndose a los jóvenes que el Santo Padre Juan Pablo II, en la Jornada Mundial de la Juventud en Santiago de Compostela (1989), los desafiaba con esta exhortación: "No tengáis miedo de ser santos". Dos años después en la Jornada Mundial en Czestochowa, insistía aún: "No os resignéis a la mediocridad, no os rindáis a los condicionamientos de las modas corrientes que imponen un estilo de vida no conforme a los ideales cristianos, no cedáis a las blanduras del consumismo. Cristo os llama a cosas grandes. No lo defraudéis. Seréis vosotros los defraudados". ¡Estáis llamados ni más ni menos, a ser santos! Hoy vuelve a reiterarse este urgido y comprometido llamamiento para que pasando la puerta santa, que es Cristo, la gracia del Jubileo os convierta y santifique como protagonistas nuevos, sus discípulos y testigos, que irrumpen en los albores del tercer milenio.

¹ Ponencia pronunciada en la XV Jornada Mundial de la Juventud en Roma, 18 de agosto del 2000.

Tomado de la página web de la Arquidiócesis Primada de México.
<http://www.arzobispadomexico.org.mx/>

Si se recorre con atención el tan abundante y rico magisterio de Juan Pablo II en sus más de 20 años de pontificado, se destacan muy frecuentes y profundas catequesis sobre la santidad. Más aún: ningún pontificado como éste ha resaltado y celebrado la memoria de los grandes testimonios de santidad. En sus viajes misioneros a nuestros países ha siempre recordado y hecho actuales los grandes santos de nuestras tierras. Todo ello no puede sino comprenderse como la exigencia y necesidad de un recentramiento de la experiencia personal y comunitaria en la Iglesia en relación a la "vocación universal a la santidad", correspondiente al designio originario del Concilio Vaticano II y desarrollada explícitamente por el capítulo V de la Constitución Conciliar "Lumen Gentium". Quizás la primer fase del postconcilio, a la vez fecunda, crítica, a veces tumultuosa, se concentró excesivamente en debates de interpretación del Concilio, en polémicas eclesiásticas y discusiones teológicas, en experimentos de reformas y en creación de nuevas estructuras eclesiásticas... No dudo que estaban en juego cuestiones muy importantes. Pero quizás todas las energías desatadas por el providencial acontecimiento conciliar, liberándose de formas estrechas y a veces anquilosadas que habían ido perdiendo su real dinamismo misionero, no estuvieron suficientemente arraigadas, sostenidas, animadas, purificadas, por las corrientes de agua viva de la única e inagotable fuente de la que procede toda auténtica renovación de la vida cristiana. De nada valen los debates, los programas y las estructuras, si la sal se vuelve insípida. Al Papa Juan Pablo II le gusta repetir que la Iglesia tiene hoy más necesidad de santos que de reformadores, pero agrega... porque los santos son los más auténticos reformadores de la Iglesia, los protagonistas de toda nueva evangelización, los constructores de nueva civilización. En la jornada conmemorativa del vigésimo aniversario del Decreto conciliar "Apostolicam Actuositatem", o sea, dedicado al apostolado de los laicos, afirmaba lo siguiente: "La Iglesia tiene necesidad hoy de grandes corrientes, movimientos y testimonios de santidad entre los 'christifideles', porque es de la santidad de donde nace toda auténtica renovación de la Iglesia, todo enriquecimiento de la inteligencia de la fe y secuela cristiana, toda fecunda reactualización vital del cristianismo al encuentro de las necesidades de los hombres y una renovada forma de presencia en el corazón de la existencia humana" (18/XI/1985).

Ningún pontificado como el actual ha procedido a tan numerosas y asiduas beatificaciones y canonizaciones. La

"canonización" quiere indicar, en sentido técnico, un modelo digno de ser imitado. Ya desde los orígenes mismos de la comunidad primitiva, la "Didaché" –uno de los primeros libros protoapostólicos que se conocen- recomendaba a los cristianos: "Busquen cada día el rostro de los santos y edifíquense con sus palabras". Santos canonizados, en la acepción restringida del término, son las figuras que Dios ha establecido para llevar a cabo un singular papel de testimonio en la historia del pueblo de Dios. Son un maravilloso y precioso don de Dios, reflejos singulares del único Santo, ensimismados en Cristo, evangelios vivientes para recordar a todos los bautizados su vocación a la santidad y para acompañarnos, sostenernos y guiarnos en ese camino. Por eso, son paradigmas pedagógicos de madurez cristiana, en íntima relación con el Misterio que nos abraza a todos. Los santos son la demostración de la posibilidad real y ejemplar de un cristianismo realizado, como acontecimiento viviente, como humanidad luminosa y sorprendente.

Sin embargo, tenemos que superar una serie de prejuicios que empañan la imagen que tenemos de la santidad. Hay que evitar la consideración de la santidad como algo de excepcionalidad expresada por la aureola. Como si la santidad fuera privilegio de pocos, función sólo de algunos. No podemos contentarnos sólo con venerarlos a través de sus imágenes o edificarnos por medio de lecturas de vida de santos –cosas por cierto bien recomendables-, pero sintiéndolos lejanos y extraños a la propia vida. A veces nos provocan rechazos algunas caricaturas devocionales. ¡Pero la santidad es otra cosa, es cosa grande! Digámoslo inmediatamente: el santo no es un superhombre sino un hombre verdadero. Verdadero porque ha descubierto y encontrado la Verdad de su vida. Esta verdad no se le ha revelado ante todo como un conjunto de doctrinas, de principios morales y de ritos religiosos. Eso viene después. La Verdad se ha revelado y comunicado como Persona, en aquél que tuvo la osadía de afirmar: "Yo soy la verdad". Cristo sale a nuestro encuentro como verdad de nuestra vida, que esclarece la vocación, el destino y la dignidad del hombre. Cristo es la consistencia del santo. Y la santidad el reflejo de la figura del Único en quien la humanidad se ha manifestado en plenitud, Cristo es el "nuevo Adán", el Hijo de Dios hecho hombre, el hombre resucitado, el hombre perfecto. A su imagen hemos sido creados y destinados. Por su gracia bautismal, pascual, hemos pasado de la muerte a la vida, santificados por el único Santo. Por eso, los cristianos de la comunidad primitiva en tiempos de los "hechos de los apóstoles"

y de las cartas apostólicas se reconocían también con el apelativo "los santos del Señor". Todos los bautizados llevamos impresos por la gracia bautismal esa vocación universal a la santidad, a la que estamos destinados.

Sí, amigos míos, somos santos del Señor. Y al mismo momento que afirmamos esta verdad ontológica, impresa en nuestro ser, quedamos como sorprendidos y hasta desconcertados por la desproporción entre lo que somos y lo que vivimos. Hay como una contradictoriedad profunda, una enfermedad original, que tiende a disociar al hombre de su propio ideal humano. Sentimos que la inteligencia y la voluntad están desprovistas de esa energía que las puede hacer aptas para entrar en posesión del propio destino. El santo es el hombre que más aguda y dramáticamente vive la experiencia de esa fragilidad original, la conciencia de pecado. Es una condición original misteriosa, que requiere el sentido más profundo de la virtud de la humildad: reconocerse criatura, un ser continuamente, creado y, por eso, perteneciente y dependiente del Misterio que sostiene toda la realidad, y reconocerse incapaz de superar los propios límites con sus solas fuerzas y, por eso, suplicante y mendicante de Quien puede continuamente rescatarlo, salvarlo.

"Sin mí nada podéis hacer", advirtió el Señor. Sólo en el seguimiento y en la compañía del Hijo de Dios, que ha penetrado en la historia de los hombres, que nos asocia a su muerte y resurrección, la vida del hombre readquiere la capacidad de una realización proporcional a su verdadera estatura, a su destino. En cierto sentido, lo que busca e implora el santo no es tanto la santidad como perfección sino la santidad como encuentro, apoyo, adhesión, ensimismamiento con Jesucristo. Es el encuentro con Cristo que le da la certeza de una Presencia cuya fuerza lo libera del mal y hace de su libertad capaz de bien. El germen potente de santidad injerto mediante el bautismo tantas veces queda sepultado en el olvido, en la ignorancia, en la indiferencia, en la distracción. Pero ese germen está en la raíz de nuestra conversión en "criaturas nuevas", llamadas a crecer en el seguimiento de Cristo. Para ello hay que estar muy atentos al paso de la Presencia del Señor en las diversas circunstancias de nuestra vida. No puede quedar relegada a un recuerdo piadoso de lo que aconteció hace 2000 años. Si no es acontecimiento presente, termina resultando extraño a mi vida. Estamos invitados a reconocer esa Presencia en nuestra vida, con la misma realidad, con la misma actualidad, con la misma novedad, con el mismo

poder de persuasión y de afecto que tuvo con sus primero discípulos y apóstoles 2000 hace años y con los "Juan Diego" de nuestra América hace 500 años. Tenemos que vivir y revivir ese encuentro – no dándolo nunca por descontado, por "adquirido"- para entrar en familiaridad con Su compañía, para mantener vivo con Él un diálogo de salvación, para que nos perdone y nos sostenga en el camino con su gracia, para llegar a tratarlo de "Tú"... hasta poder exclamar: "No soy yo quien vive sino Cristo vive en mí". Dejémonos, pues, aferrar por Cristo, supliquemos que su Presencia se haga carne en nuestra vida, que su gracia nos vaya con-formando a Él, para que resplandezca realmente en nuestra vida aquella exclamación maravillada y grata profesión de San Agustín: "¡Cristo somos!".

Los santos del Señor son los que viven la sorprendente experiencia de encuentro con una Presencia excepcional, motivo de estupor, que conmueve su corazón porque percibida como respuesta sobreabundante a los anhelos de verdad y felicidad que definen nuestra humanidad. Hablo de "corazón" en el más estricto sentido bíblico, o sea, el conjunto de exigencias y anhelos que son connaturales a la persona humana, que mueven su inteligencia y afectividad, que arraigan en lo más profundo de su humanidad. Estamos hechos para la verdad: no podemos eludir la pregunta sobre el sentido de la vida, del dolor y de la muerte, sobre el significado de toda la realidad, sobre la finalidad de la historia, sobre qué fundamentos y valores vale la pena vivir la vida. Estamos hechos para la felicidad, para una plena realización de nuestra persona, para la satisfacción de su constitutiva necesidad de ser amada y poder amar, para vivir en la serena alegría y esperanza que nada queda condenado a la destrucción sino salvado, destinado a la plenitud, a la perfección, a la total comunión, a la vida eterna, en la gloria de Dios. Somos una flecha al infinito dentro de nuestra finitud. No nos bastan nuestras medidas humanas. Estamos a la espera, lúcida y vigilante a veces, otras veces consciente y más bien distraída, de algo o de alguien que se nos presente excepcionalmente como el agua cristalina e inagotable, capaz de satisfacer plenamente nuestra sed de verdad, de felicidad, de justicia, de amor, de belleza. ¡Cristo es esa respuesta! ¡Sólo Él! No dejemos que nos acallen o censuren ésas nuestras preguntas y anhelos más humanos, que laten tan fuerte en tiempo de juventud pero que una gigantesca máquina del "divertissement" –diría Pascal-, de la distracción, del "pan y circo" de la aldea global, tiende a atrofiar y hasta pretende desarraigar de nuestros "corazones", para banalizar al máximo la experiencia

y conciencia de nuestra vida humana. Y no dejemos que pretendan acallar, silenciar, aquella respuesta, sin la cual no hay esperanza, no hay novedad de vida, no hay santidad.

Si somos en Cristo, si nuestra santidad se fragua mediante su gracia, entonces hemos de implorar para que su Presencia y Compañía vayan dando su impronta a toda nuestra vida, en todas las dimensiones de su existencia. El Concilio Vaticano señaló el divorcio entre la fe profesada y vida cotidiana como uno de los más grandes errores. ¡Cuántas veces vivimos existencias fragmentadas, como en comportamientos estancos: tiempos y lugares para la familia, otros para el trabajo, otros para las diversiones, otros para lo religioso. La fe en Cristo se reduce así a fragmentos y episodios de mi existencia; no es la clave de sentido y plenitud de toda mi vida. Termina siendo cada vez más alejada de la vida, apenas residual y, por eso, al fin, superflua. Eso quiere decir, pues, que no hemos encontrado y reconocido a Cristo como Señor de nuestra vida. Por el contrario, si nos ponemos en su seguimiento, Él va cambiando todas las dimensiones de mi existencia. Cambia mi modo de vivir y convivir, de estudiar y trabajar, de proyectar mi futuro, de mirar la realidad, de afrontar los problemas de cada día. Cambia mis afectos, potencia mi inteligencia, fortalece mi voluntad. Convierte en más humanas las relaciones entre marido y mujer, entre padres e hijos, entre compañeros de trabajo, dilatándose en formas cada vez más vastas de caridad y solidaridad con todos los "prójimos" y especialmente con los más pobres y necesitados. El santo vive ese milagro de unidad y caridad de la propia vida porque toda es con-movida, abrazada, convertida, por el Señor. Su estilo de vida queda marcado por el mandamiento del amor vivido apasionadamente en la entrega a Dios y a los hermanos. Es hombre de las bienaventuranzas. Parece "perder" su vida según los criterios mundanos y, sin embargo, la gana a los ojos de Dios. Recibe y manifiesta una vida en abundancia, ya el céntuplo más en esta vida, aquí y ahora, y la vida eterna. Esa es una verificación del haber encontrado realmente al Señor: que nuestra vida se convierte en más humana. Nada puede serle ajeno. Hasta el instante y el mínimo gesto adquieren dimensión de lo eterno. Y no es "conquista" nuestra. No es fruto de nuestra coherencia moral. Es acción de Su gracia, es la fuerza de Cristo en nuestra fragilidad, en la posibilidad del Redemptor hominis en nosotros. Nuestra vida va quedando así bajo el Señorío de Cristo, santificada por él. Tenemos que implorar, que suplicar, que pedir mendicantes que el Señor nos haga santos.

No podemos encontrar al Señor, ni crecer en santidad, sino por medio de su Iglesia, como miembros vivos de Su Cuerpo, por la que Su Presencia real se hace contemporánea a todo hombre de todo tiempo y lugar en la comunión de sus discípulos y testigos. Dios, desde su misterio eterno e inefable, ha querido que el método de comunicación de su mensaje de salvación procediese a través de un encuentro humano. Confió no sólo su doctrina sino su misma Persona a las "vasijas de barro" que somos. La Iglesia es una comunidad de pobres pecadores convocada, elegida, reconciliada, salvada y santificada por la gracia de Su Señor. La Iglesia es santa, porque Cristo la ha santificado uniéndose en alianza conyugal con ella, llenándola de su Gracia. Pero no vive sino pasando a través de los límites de nosotros, pecadores, "semper reformanda" por obra y gracia del Salvador. Es un inaudito, tremendo misterio de comunión, que arraiga en la Santísima Trinidad y que hace de los más diversos hombres y pueblos se conviertan en una familia de reconciliados, hermanados, unidos por vínculos muchos más radicales y fuertes que los de la sangre, de la etnia, de la nación y cultura, de la solidaridad social o política. Hasta llegarnos a reconocer en el milagro de la unidad. ¡Somos uno, en Cristo!. No hay misterio más grande para la conversión y la transformación del mundo. Unidad y santidad están intrínsecamente entrelazadas. Sólo el amor misterioso de Dios hace posible tal unidad, que el mundo jamás puede lograr por sí solo. Por el contrario, las relaciones mundanas están caracterizadas sea por la extraneidad entre los hombres, por la indiferencia, sea por la enemistad, por la manipulación, por la opresión de los unos contra los otros. Vivir el misterio de unidad, de caridad, de santidad requiere no una pertenencia pasiva a la Iglesia, no una visión abstracta de la Iglesia, no una participación ritual episódica, sino una experiencia real, fascinante, de incorporación en comunidades cristianas vivas que sean moradas acogedoras de la persona, que abracen toda nuestra vida, que la sostengan en su camino de crecimiento y testimonio de fe. Familias Cristianas y comunidades parroquiales, fraternidades, asociaciones y movimientos eclesiales, han de reflejar, vivir y testimoniar el misterio de comunión que las constituye. El crecimiento en santidad está en directa relación con esa incorporación viva en las comunidades eclesiales que la Providencia de Dios ha destinado para cada uno de nosotros.

Es la santidad "objetiva" de la Iglesia la que hace posible, alimenta, sostiene y hace crecer nuestra santidad "subjetiva", personal. Somos hijos de una historia del pueblo de Dios en la que

abundó ciertamente el pecado pero donde sobreabundó la gracia. Ella se nos transmite por medio de los dones sacramentales, jerárquicos y carismáticos sobre los que se funda la Iglesia y que continuamente la van santificando. Participamos en la oración de toda la Iglesia, que es la sagrada liturgia, celebrando la Presencia salvífica de Cristo, ofreciéndole nuestra vida y asociándonos a su Pascua. Por medio de los sacramentos, es Cristo mismo que nos sigue abrazando, sanando, salvando. La Eucaristía es la fuente y el vértice de esa unión con Cristo. La Palabra de Dios, proclamada y compartida en la Iglesia, nos enseña el camino de su seguimiento. La paternidad de los Sucesores de los apóstoles y de sus colaboradores en el presbiterio comunican los misterios y las enseñanzas verdaderas y nos reúnen en la unidad de la verdad y la caridad. Los dones carismáticos que recibimos van abriendo caminos sorprendentes de seguimiento del Señor. Son todos ellos los medios de gracia por los que Cristo se hace presencia y compañía a cada uno de nosotros en la comunión eclesial para que crezcamos en la santidad. No hay santidad posible sin esa participación cada vez más consciente, asidua, piadosa, en la liturgia, en los sacramentos, en la comunión de la Iglesia. Los santos de ayer y de hoy nos acompañan y sostienen en nuestra santidad. Esa es la comunión de los santos, por la que los miembros sufren cuando uno sufre y se alegran cuando uno es glorificado. Todo ello se prolonga aún en nuestra oración personal, en los tiempos del "cara a cara" con el Señor, y en la participación a las preciosas devociones que han enriquecido a lo largo de los siglos la vida de la cristianos a través de muy variadas expresiones de inculturación. Si no incorporamos todos estos medios de gracia en una "regla de vida" cotidiana, se hace muy difícil crecer en santidad.

Permítanme agregar una anotación más, ya hacia el final de esta catequesis: la santidad es para todos, es vocación universal. No es un "opcional". Todos estamos llamados a la santidad, pero a través de los más variados caminos que nos tiene destinados la Providencia de Dios. Ha sido superado aquel prejuicio -aunque todavía se exprese en muchas personas- que consideraba la santidad como monopolio de una "aristocracia" religiosa y eclesiástica con desatención o desprecio por los compromisos "mundanos" de los laicos. Hoy, más que nunca, se necesitan grandes testimonios de santidad en las familias cristianas, en el mundo del trabajo, en la educación de las nuevas generaciones, en las aulas universitarias, en los medios de comunicación social, en la política. Por eso la exhortación

apostólica postsinodal "Christifideles laici", comienza con ese llamamiento a la santidad en medio del mundo y de las ocupaciones seculares. Hay quienes son llamados a la santidad en la entrega de la propia vida a Dios para servicio sacerdotal y ministerial de su pueblo. Los hay, hombres y mujeres, que son llamados a vivir la radicalidad del seguimiento del Señor, identificándose con Él por los votos de pobreza, castidad y obediencia, o por otras formas de consagración de vida, para dar testimonio de Dios con corazón indiviso y amor de total entrega. Queridos jóvenes: en este momento de su vida, también aquí y ahora, no pueden eludir de poneros delante de Dios, de suplicar los dones iluminantes y fortificantes de su Espíritu, de pedir que se manifieste Su santa voluntad y designio para su vida y de responder con un "fiat" conforme a los caminos y modalidades por los que el Señor los está llamando.

¡Amigos! ¡El mundo tiene necesidad –como escribían los Padres de la Iglesia del "espectáculo de la santidad"! Nuestro mundo actual, su cultura dominante toca el fondo de un nihilismo conformista, hasta superficialmente placentero: vivir sin fundamentos, sin razones, sin sentido, sin ideales. Eso no puede satisfacer los anhelos del "corazón" de la persona y que laten en toda cultura auténticamente humana. Por eso emerge por doquier un hambre y una sed religiosas así como las más diversas ofertas como "productos" neognósticos, exotéricos, panteístas, en el "supermercado global". A nosotros nos toca demostrar, con la vida ante todo, con las obras y la palabra, que sólo Cristo es verdadero Dios y el hombre verdadero, único capaz de colmar esa sed de verdad, de felicidad, de amor y justicia. ¡Están llamados a ser los santos de estos albores del tercer milenio! Porque mucho han recibido, mucho deben dar. Hay multitudes de jóvenes solos, huérfanos, abandonados en la confusión general, bombardeados por los más diversos mensajes, con-formados, a los ídolos del placer, del poder, del dinero y del consumo, indiferentes al propio destino, prisioneros de las modas, a veces caídos en los infiernos de las drogas, de la delincuencia y de la violencia. Esta es su tierra de misión. Ruego que para quienes los encuentren –en el barrio, en la escuela, en la universidad, en el lugar de trabajo o de diversión- se topen con un testimonio tal de humanidad, de unidad, de caridad, que presientan en ustedes un resplandor de verdad y una promesa de felicidad que es para bien de todos. ¡Dios los está urgiendo a ser santos misioneros! ¡Los llama a ser santos constructores de nueva civilización, en un trabajo arduo, audaz, paciente, inteligente, perseverante, confiado en el Señor

como "piedra angular" de una convivencia más humana, más justa, más correspondiente a la dignidad de todo el hombre y de todos los hombres! Santos que vayan abriendo camino a una cultura de la vida y del amor en el "corazón" de los hombres, en la vida de las familias, en los diversos ambientes sociales, en la propia nación y también a escala global, para ser liberadores de toda "cultura de la muerte", de opresión y exclusión. Y, por ello están llamados a rejuvenecer con su santidad la vida de la Iglesia y su misión entre los hombres.

Todo esto lo confiamos a aquella joven santa, quizás de 15 o 16 años, que dijo su pronto y obediente "fiat" a la irrupción del misterio de Dios en su carne, en su vida entera, todo ella referida a Cristo y toda dependiendo de Él. La Virgen María es la perfecta discípula, el testimonio más excelso de santidad que nos ha dado su Hijo, el modelo de toda vida cristiana, la compañía maternal que nunca falla y que intercede por nuestro bien. Por eso, también hoy exclamamos: "¡A Cristo por María!".